

Indagación seria en la culpa

Santos Sanz Villanueva

Con razón bastante obvia se dice que contar el argumento de una novela la trivializa, la reduce a casi nada. Una novela no es una historia, aunque tampoco haya grandes novelas sin una buena anécdota. Una novela es en cierto sentido una construcción. Pocas ocasiones habrá en que se cumplan con mayor exactitud estas ideas que en *Un buen chico*. Pasar, no pasa mucho en esta obra de Javier Gutiérrez. Desde hace diez años un chico, Polo, y una chica, Blanca, no se han visto. Se encuentran por casualidad en una calle de Madrid. Él ve a la joven y la sigue hasta su casa. Se saludan. Ella insiste en tomar algo en un bar. Hablan y hablan. La charla lleva inevitablemente a recuperar un episodio fundamental de sus vidas, cuando ambos formaban parte de un grupo musical. Blanca y Polo, y el hermano de Blanca, y un grupito de amigos se vieron arrastrados por la droga y el alcohol a una situación de enorme violencia. Resumido de otro modo: la novela cuenta una feroz violación acaecida a finales de los años noventa, un decenio antes de que dos participantes la evoquen.

Un buen chico reconstruye mediante indicios y presunciones aquel episodio de violencia juvenil. Lo hace con una andadura zigzagueante que añade al relato un plus de incertidumbre, pues la verdad no se sabrá hasta el final. Pero siendo la intriga un elemento valioso, no constituye una estratagema añadida al modo de los relatos de suspense. Las conjeturas forman parte de la sustancia misma de la narración, de los asedios a una verdad demasiado dura, en realidad insoportable y traumatizante. El relato no pretende tanto mantener en vilo al lector –aunque lo consiga, y sea

Javier Gutiérrez: *Un buen chico*, Mondadori, Barcelona, 2012.

un mérito grande en una historia de lento y difícil seguimiento—como transitar de verdad los tortuosos caminos de una conciencia atormentada. Los hechos aparecen en su arcana desnudez, sin licencias digresivas, sin descriptivismos decorativos a los que tanto se presta el argumento. La escueta dimensión del libro, poco más de un centenar de páginas, evidencia la poética esencialista que se exige el autor. Javier Gutiérrez quiere ser hondo, riguroso al máximo, y con ello acerca su historia a la densidad característica de esa modalidad narrativa que se conoce como *nouvelle*, que no es solo una novela corta, de breve extensión, sino un relato concentrado sin concesiones en torno a un motivo central.

El núcleo central es fortísimamente intimista y remite a enfermedades del alma. Sin embargo, el autor tiene el acierto de no mostrarlo en una dimensión abstracta, sino de emplazarlo en un contexto histórico, social y generacional bastante concreto, a pesar de su aversión a los procedimientos del costumbrismo tradicional. Por ello *Un buen chico* tiene bastante de novela testimonial de un tiempo y una juventud atrapada en señuelos escapistas y sin fundamentos morales firmes. La novela retrata un sector juvenil de fines de la pasada centuria. El documento de época es algo más que el contexto de un drama privado. La historia global de un autoanálisis semejante a un descenso a los infiernos acometido por el protagonista-narrador, Rubén Polo, se divide en trece breves apartados con numeración correlativa. Ese fluido autoanalítico lo respuntan cinco apartadillos independientes rotulados CD cada uno de los cuales contiene esquemática información de otros tantos álbumes de música rock, rap, etc. y de sus respectivos grupos intérpretes: *Maxinquaye* (Tricky), *Ritual de lo habitual* (Janes's Addiction), *Surfer Rosa* (Pixies), *Electr-O-Pura* (Yo La Tengo) y *Nevermind* (Nirvana). A tenor de la mínima noticia de estos grupos rockeros y alternativos (que doy por buena, pues lo ignoro todo al respecto) se anotan unas vidas volcadas al desbarrancadero, que diría el colombiano Fernando Vallejo: del álbum de Janes's Addiction se subraya que una parte está dedicada a una amiga de su líder, Perry Farrel, que murió a los diecinueve años de sobredosis; que una canción habla de un fin de semana de sexo y drogas y que otra narra el suicidio de la madre del cantante cuando éste contaba cuatro años de edad. Los grupos y discos referi-

dos constatan la expresión de inconformismo y rebeldía ante la sociedad insatisfactoria donde germina la fracasada banda de Polo y Blanca.

Contexto, pues, conveniente, si no necesario, con su carga testifical para enmarcar la exploración psicológica de la novela. Esta indagación sigue cauces monologales para los que Javier Gutiérrez utiliza la exposición en segunda persona de Polo. No hará falta recordar que el tú narrativo es la voz incorporada por la novela del pasado siglo para expresar el autorreproche y la sinceridad, para transmitir con realismo el subconsciente. Durante toda la novela Rubén Polo se dirige a sí mismo e incorpora sin hiatos lacónicos diálogos de ayer y de hoy en esta forma dramatizada del soliloquio. Adquiere el relato el aspecto de un carrusel conversacional en el que se engarzan charlas sostenidas en el infausto suceso pasado, en el encuentro con Blanca y en las sesiones con un terapeuta. Esta materia llega a la novela mediante una implacable ruptura de la linealidad temporal. Las secuencias, en general expeditivas, referidas a momentos diferentes se yuxtaponen sin transición alguna entre los respectivos episodios. Esta técnica tiene mucho de artificio y resulta bien conocida desde los experimentos temporales de Virginia Woolf, la fractura de la anécdota joyceana o la indagación mental en el límite del sinsentido faulkneriana. Lo importante, sin embargo, es que se consigue un efecto muy positivo de acumulación obsesiva de impresiones y datos en la cabeza del narrador. A partir de ese magisterio vanguardista, Javier Gutiérrez monta un complejo artefacto narrativo pertinente para hacernos ver, y sentir, el verdadero asunto de la novela, la culpa.

Aunque el tema de *Un buen chico* no sea nuevo, ni tampoco la forma en sí misma, Javier Gutiérrez acierta a producir una iluminadora y nueva aproximación al conflicto de la culpabilidad. Consigue dotar de de verdad a su cala en una conciencia atormentada. Ignoro qué méritos y qué interés puedan tener las dos novelas anteriores del autor porque las desconozco, pero esta tercera practica una escritura de serio riesgo que merece destacarse entre la prosa convencional que predomina en la novela española del momento presente. Aunque tal vez se abuse de un formalismo algo mecánico, y se practique el seguimiento de los recursos rup-

turistas del modernismo narrativo un tanto de virtuoso escolar, la novela merece un toque de atención para que ni ella ni su autor pasen desapercibidos ©